

Del ceremonial papal al Misal Romano: ritos eucarísticos¹

Franck Quoëx

Introducción

Al abordar los estudios litúrgicos, es importante comprender su dimensión ritual. La santa liturgia, culto público integral del Cuerpo místico de Cristo, no puede considerarse, además de su carácter religioso y su valor social, al margen de su encarnación en el tiempo y del vasto complejo de signos, gestos, símbolos, etc., que constituye. La liturgia, tal y como la percibe y definiría el creyente, es ese conjunto de signos, es decir, en una palabra, los ritos, ritos significativos —de manera más o menos eficaz según su naturaleza— de las realidades santificantes². A partir de ahí, el liturgista tendrá interés en profundizar en la noción teológica, y al hacerlo espiritual, del signo: ¿cuál es la realidad significada? ¿Por qué lo es por tal o cual realidad material? ¿Cuál es su valor? ¿Son los hombres quienes dan validez a los signos, o estos solo la adquieren en virtud de la divina Encarnación que la Iglesia consume en el tiempo mediante la celebración del misterio³? Pero la ciencia litúrgica, una vez sentadas las bases de una teología sana, será también el conocimiento de los ritos, no solo con el fin de realizarlos con exactitud —lo que constituiría la ciencia ritualista—, sino también y sobre todo la comprensión de su inteligibilidad y su economía, gracias al estudio de las fuentes y del tesoro de los libros litúrgicos. Tal estudio requiere un agudo sentido de la evolución homogénea y plenamente tradicional de las formas litúrgicas. Si bien esta evolución está relacionada con los desarrollos dogmáticos, también está vinculada a la formación de la civilización cristiana, en cuyo seno la Iglesia se afirma como sociedad perfecta. Sus funciones rituales revisten, por tanto, un carácter social o político, lo que convierte la celebración eucarística del pontífice

¹ Actas II. Notre-Dame-du-Laus – Gap. Del 9 al 11 de octubre de 1996.

² Cf. Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, IIIa, Q. 60, A. 2: «*Signa dantur hominibus, quorum est per se nota ad ignota pervenire. Et ideo proprie dicitur sacramentum quod est signum alicuius rei sacrae ad homines pertinentis: ut scilicet proprie dicatur sacramentum, secundum quod nunc de sacramentis loquimur, quod est signum rei sacrae in quantum est sanctificans homines*».

³ Cf. Joseph de SAINTE-MARIE, O.C.D., *L'Eucharistie salut du monde*, París: DMM, 1981, p. 295 y ss.: «Por sí misma, la Resurrección de Cristo y su Ascensión lo completan todo. Pero después de ellas se introduce como un retraso y una dilatación del tiempo para la realización del misterio en y por la Iglesia. Si la Encarnación, la Pasión y la Resurrección-Ascensión son los tres momentos fundamentales de la realización del misterio por y en Cristo durante su vida terrenal, en el centro de la historia, estos tres momentos se reencontrarán, en cierto modo, en la vida de la Iglesia. Serán Pentecostés, que es como la Encarnación extendida a la Iglesia, la Pasión de esta Iglesia, establecida en su condición de cuerpo y esposa de Cristo, y su gloriosa Resurrección durante la parusía (Ap 21, 2). Solo entonces se consumará el fin de la historia, comenzada con la Resurrección de Cristo, e incluso con su concepción. Y lo será porque la Iglesia, en el tiempo que le ha sido dado para ello, habrá cumplido su misión, que es precisamente consumir el misterio de Cristo. Lo hace por la fuerza del Espíritu, en el que fue concebida y por el que nació, en el día de Pentecostés. Lo hace con su testimonio y con su liturgia, es decir, con la celebración de los sacramentos del misterio, fuente permanente de esta efusión del espíritu de Cristo resucitado en su cuerpo místico. Lo hace con toda su vida» (p. 298-299).

romano y del obispo en un rito principesco. Este aspecto social o político, que constituye una clave fundamental para la comprensión de los libros litúrgicos, es especialmente tangible al leer los « » libros ceremoniales, el *Ordo romanus* I del siglo VIII^e al *Cærimoniale episcoporum* post-tridentino y al Pontifical romano, del que Mons. Andrieu dijo que manifestaba «el plan y los cimientos de la construcción ideal»⁴ que fue «el edificio de la sociedad medieval». Ahora bien, de esta cristiandad, de «esa época en la que, según las palabras de León XIII, la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados»⁵, y de la civilización que de ella surgió, somos, lo queramos o no, independientemente de las convulsiones de la Historia, los herederos encargados de recibir sus lecciones y de no perder su espíritu.

La perfecta lógica y armonía de los libros postridentinos, la magnificencia medida de sus ritos cuando uno se toma la molestia de practicarlos como deben practicarse, la atmósfera que emana en cierto modo de estos libros, el sentido del orden y la sobria elegancia que estos establecen por sí mismos, todo ello es capaz de alimentar el alma y el corazón, y de despertar numerosas vocaciones ante la representación de la Iglesia que ofrece la santa liturgia, y especialmente la liturgia romana, la más pura. Estos numerosos ritos, aunque no los comprendamos todos, aunque algunas de sus razones escapen a los estudios de los liturgistas más eruditos, transmiten un aroma de antigüedad, nos conectan con otras épocas, nos dan la sensación de pertenecer en el tiempo y el espacio a una Tradición que no es rígida, sino viva.

A medida que fui estudiando estos ritos, decidí investigar su origen y por qué me parecían tan importantes desde el punto de vista eclesiológico. Para ello, era necesario estudiar los ritos pontificios. De hecho, muchos de los ritos de la misa baja y de la misa solemne solo pueden entenderse a partir de la misa pontifical o, mejor aún, a partir de la misa que celebraba el papa⁶.

⁴ Michel ANDRIEU, *Le Pontifical romain au Moyen Âge* - T. III : « Le Pontifical de Guillaume Durand », Città del Vaticano : Biblioteca Apostolica Vaticana, *Studi e Testi* 88, 1940, p. VIII y ss. : «Si se quiere tener una idea clara de lo que fue la cristiandad en la época en que aún no se había roto su unanimidad, si se quiere conocer el ideal que defendía, las concepciones en las que se esforzaba por modelarse, hay que detenerse en estos textos antiguos, penetrar en su significado y comprenderlos tal y como se comprendían entonces. A finales del siglo^{XIII}, reflejan todos los aspectos del incesante comercio que el pueblo cristiano mantenía con el mundo de lo sobrenatural» (p. XIII).

⁵ LEÓN XIII, *Immortale Dei*, 1^o de noviembre de 1885.

⁶ Véase Joaquim NABUCO, «La Liturgia papale et les origines du cérémonial des évêques» (La liturgia papal y los orígenes del ceremonial de los obispos), en *Miscellanea liturgica Mohlberg*, Roma, 1948, vol. I, pp. 282-283: «[...] Si comparamos las funciones pontificias del ceremonial de los obispos con las del ceremonial romano, es decir, el ceremonial papal, vemos inmediatamente que uno es el prototipo del otro. Recuerdo muy bien mi primer contacto con el ceremonial de los obispos. Estaba empezando mis estudios teológicos y litúrgicos. Leía y releía ese pequeño volumen sin entender nada. [...] Intentaba ponerme en la atmósfera en la que se encontraban los autores o el autor del libro. Algunos capítulos me parecían muy logrados e incluso muy bellos. [...] Sin embargo, no lograba llegar a un análisis satisfactorio de este misterioso libro. [...] Finalmente, tras largas divagaciones, llegué a comprender que la liturgia romana es la misa solemne del obispo en su catedral. Todas las demás funciones descritas en el ceremonial o el pontifical no hacían más que girar en torno a este rito principesco. La misa solemne sacerdotal, según el *Ritus servandus* del misal, no sería otra cosa que la misa pontifical sin el trono, sin las insignias pontificias y con un clero reducido.

Esta genealogía de los ritos eucarísticos ha sido puesta de relieve por numerosos liturgistas⁷. En la presente exposición nos proponemos aplicar un método de lectura del ceremonial papal que nos lleva a buscar sus transcripciones en el *Cærimoniale episcoporum* de Clemente VIII y el Misal Romano de San Pío V. En primer lugar, será necesario presentar la fisonomía del ceremonial apostólico, indicar sus fuentes y su posteridad, y señalar su influencia en la redacción de las rúbricas de los libros litúrgicos tridentinos. Esta última influencia la precisaremos en segundo lugar mediante el análisis de ciertos ritos eucarísticos del *Ordo missae* papal, y de manera particular del conjunto de aquellos relacionados con la comunión. A partir del examen de estos ritos eucarísticos situados en su contexto ceremonial, intentaremos deducir en conclusión cuál es el principio de la interdependencia de los diversos libros tridentinos y qué es lo que, sin embargo, los diferencia.

I. Del ceremonial papal de 1488 al misal romano de San Pío V

I.1 La obra de Agostino Patrizi Piccolomini

El ceremonial papal practicado hasta hace poco, es decir, hasta el período posterior al Concilio Vaticano II⁸, era el del primer Renacimiento, tal y como lo había redactado por orden de Inocencio VIII (1484-1492) el maestro de ceremonias Agostino Patrizi Piccolomini, obispo de

⁷ Véase, entre otros, J. A. JUNGSMANN, *Missarum sollemnia*, París: Aubier, 1951, T. I, pp. 243-256: «El obispo, rodeado de su clero, ofreciendo el sacrificio en medio de la comunidad, tal es la forma primitiva de la celebración de la misa. [...] Los *Ordines romani* para la misa papal ofrecen el mismo cuadro; [...] los *Ordines romani* se convirtieron, durante siglos, en la norma de la misa pontifical en casi todo Occidente, y esta disposición se mantuvo también en otros lugares (p. 243). [...] La misa pontifical actual y su forma más elevada, la misa papal, en la que, sin duda, la participación de los fieles es un hecho más que un elemento necesario, son la continuación directa de la asamblea eucarística plenaria presidida por el obispo. Pero la *misa* mayor con diácono y subdiácono, celebrada por un simple sacerdote, que podría explicarse, al parecer, a partir de la misa del sacerdote, de la que sería una forma posteriormente solemnizada, parece más bien una *derivación tardía de la misa pontifical*. Por eso, aún hoy, la diferencia entre la misa pontifical y la misa solemne del sacerdote es relativamente pequeña en la liturgia romana.» (p. 248-249) –Convendría añadir a esta observación de J.A. Jungmann que la limitación que supone la misa pontifical al faldistorio, de origen puramente romano, constituye otra etapa entre la misa pontifical en el trono y la misa solemne de un simple sacerdote: más cercana a esta última que a la primera, ya que el faldistorio del pontífice «extranjero», al igual que el banco del sacerdote, no constituye, a diferencia de la *cathedra* del ordinario, un lugar de presidencia para este obispo, cuyos actos rituales estarán relacionados con el altar.– Véase también: Cyrille VOGEL, en *Introduction aux sources de l'histoire du culte chrétien au Moyen Âge*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 1981, p. 128; para la bibliografía, véanse las páginas 129-130 y 358-359; N.K. RASMUSSEN, O.P., «Celebración episcopal y celebración presbiteral: un ensayo de tipología», en *Segni e riti nella Chiesa altomedievale occidentale*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 1987, T. II, pp. 581-603: «[...] La mayoría de los textos nos muestran que la misa presbiteral solo puede concebirse como una misa episcopal de forma reducida, y no como una eucaristía distinta de la del obispo» (p. 602).

⁸ Véase la introducción al nuevo *Cærimoniale episcoporum*, Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 1985, p. 8: «*Qui liber, stilo mutato, a Christophoro Marcello, archiepiscopo electo Corfiredensi [...] nostris quoque diebus, in caerimoniis romani pontificis usui remansit*».

Pienza y Montalcino. Tras entregar en 1485 su *Pontificalis Ordinis liber*⁹, se ocuparía a partir de entonces de todo lo relacionado con el papa y los cardenales: cónclave, consistorios, concilio, coronaciones imperiales, canonizaciones, visitas principescas, celebración eucarística, oficio divino, año litúrgico, sacramentales, ritos funerarios, etc.

La primera difusión del ceremonial fue manuscrita. En 1516, un prelado de la curia, Cristoforo Marcello, lo mandó imprimir en Venecia con el título: *Rituum ecclesiasticorum sive sacrarum caerimoniarum S.E.R. libri tres*. La edición de Marcello había introducido modificaciones, variaciones, adiciones y supresiones, lo que provocó la ira de Paris de Grassi, entonces maestro de ceremonias¹⁰. Entre otras cosas, se había omitido la carta-prefacio de Agostino Patrizi a Inocencio VIII, fechada el 1^o de marzo de 1488. Gracias a los recientes trabajos del padre Marc Dykmans, podemos recuperarla con la publicación de la edición crítica de la obra del obispo de Pienza¹¹. En esta carta, el autor expone las dificultades de la situación del momento relacionadas con las vicisitudes de la historia del papado y la confusión ritual que estas han propiciado, de ahí la proliferación de costumbres, las oposiciones entre los prelados e incluso las disputas entre los ceremoniales, a las que ahora hay que remediar con normas fijas. ¿De dónde se obtendrán estas normas? «Su Santidad, escribía Patrizi, que no desea menos orden y belleza en las cosas divinas que en las terrenales, sino tranquilidad sin tumulto, una calma impregnada de gravedad y dignidad, me ha ordenado que, basándome en los antiguos libros que ella misma ha extraído en gran número de los archivos de la Iglesia romana, así como de la práctica cotidiana de la capilla papal, donde me he dedicado durante más de veinte años a un trabajo asiduo, ponga en orden, omitiendo todo lo superfluo o anticuado, las ceremonias actuales de los pontífices romanos¹²».

Este método de trabajo debía ser el de los liturgistas del periodo tridentino. Se caracteriza por un sentido de la pureza y la antigüedad de los ritos sagrados, combinado con una evolución

⁹ Sobre esta revisión del Pontifical de Durand de Mende realizada por Agostino Patrizi Piccolomini, véase M. DYKMANS, *Le Pontifical romain révisé au XV^e siècle*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, *Studi e Testi* 311, 1985, pp. 108-123.

¹⁰ Sobre la polémica iniciada por Paris de Grassi, véase: J. MABILLON - M. GERMAIN, *Museum italicum*, París, 1687-1689, II, pp. 587-592 = P.L., LXXVIII, 1401-1406; J. NABUCO - F. TAMBURINI, *Le Cérémonial apostolique avant Innocent VIII*, Roma, 1966, p. 33*-38*, 51*; M. DYKMANS, S.J., *La obra de Patrizi Piccolomini o el ceremonial papal del primer Renacimiento*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, *Studi e Testi* 293-294, 1980, T. I, p. 33*-42*.

¹¹ M. DYKMANS, *La obra de Patrizi Piccolomini*, op. cit.

¹² «*Hec igitur, ut reor, provide considerans sanctitas tua, beatissime pater, cupiensque ut in rebus omnibus, tam divinis quam humanis, decus et ordo debite servetur; utque sine tumultu, quiete, tranquille, cum gravitate et dignitate omnia peragantur; iniunxit mihi ut tam ex libris maiorum, quos ex archivis romane Ecclesie complures deprompsit, quam ex quotidiano usu capelle apostolice, in quos annis supra viginti non sine labore assiduo versatus sum, ceremonias omnes, quibus nostro tempore uti consueverunt romani pontifices, pretermisissis superfluis et antiquatis, in ordinem redigerem.*» Cf. M. DYKMANS, op. cit., T. I, p. 5-8; trad. fr., p. 27*-29*.

homogénea, es decir, sin rupturas, del desarrollo litúrgico. Sin embargo, aquí y allá, como señaló Dykmans: «Patrizi es indulgente con todos los defectos de una corte principesca que aún aflige al pontificado de su época. Quiere encontrar en la tradición litúrgica lo que puede salvar a la Iglesia del Renacimiento¹³ ».

Fuentes¹⁴

De los ocho libros antiguos que el papa Inocencio VIII entregó al obispo ceremonial, no disponemos de una lista precisa; es el estudio del texto de Patrizi el que permite discernir las influencias.

Si hubiera que establecer una genealogía de la obra, especialmente en lo que se refiere a los ritos de la celebración eucarística, partiendo del conocimiento de *los Ordines romani* —primeras descripciones de la solemne celebración eucarística en Roma— de los siglos VIII y IX, habría que tener en cuenta los libros romanos de los siglos XII al XIV que los continúan¹⁵. *El Ordo romanae Ecclesiae*¹⁶ o *Liber politicus* del canónigo Benedicto (1140-1143)¹⁷, *el Ordo romanus*¹⁸, del cardenal Albino (1189), y *el Ordo romanus*¹⁹, de Cencio Savelli, el futuro Honorio III, fueron editados por Mons. Duschesne. *El Ordo* papal tal y como lo reformó Inocencio III, tal y como se practicaba en la capilla papal antes de la partida a Aviñón, estudiado por Mons. Andrieu²⁰, fue

¹³ M. DYKMANS, *op. cit.*, p. 31*-32*: «¿Cuál era el espíritu del nuevo libro? Patrizi dejó una frase memorable sobre las ceremonias litúrgicas. El rito es esencialmente religioso: «*Cerimonia nihil aliud est quam honor deditus Deo aut hominibus propter Deum*». El honor rendido a Dios debe reflejarse en aquellos que se dirigen a los hombres. En este sentido, nuestro autor querrá conservar todo lo válido que los siglos han transmitido. No omitirá ninguna fórmula de oración antigua, sino que añadirá otras cuando las encuentre, y conservará también todas las rúbricas de los libros anteriores, esforzándose por hacerlas cada vez más prácticas y precisas».

¹⁴ Véase Aimé-Georges MARTIMORT, *Les Ordines, les ordinaires et les cérémoniaux*, Turnhout: Brepols, Typologie des sources du Moyen Âge occidental, Fasc. 56, 1991. Para el ceremonial papal, véanse las páginas 91-106.

¹⁵ Para estos libros u «ordinarios», véase A.-G. MARTIMORT, *op. cit.*, pp. 71-73.

¹⁶ En M.P. FABRE - L. DUSCHESNE, *Le Liber censuum de l'Église romaine*, París, 1905, T. II, pp. 139-177.

¹⁷ «Su “políptico” [...] seguirá siendo una de las fuentes de sus sucesores. Porque todos estos autores dependerán unos de otros. Sus referencias, que suelen silenciar, a menudo pueden indicarse». En M. DYKMANS, *Le Cérémonial papal de la fin du Moyen Âge à la Renaissance*, Bruselas-Roma: Bibliothèque de l'Institut historique belge de Rome, 1977, Fasc. XXIV, T. I, pp. 7-8.

¹⁸ *Ibid.*, T. II, p. 85-137.

¹⁹ *Ibid.*, T. I, p. 290-316.

²⁰ M. ANDRIEU, «Le Missel de la Chapelle papale à la fin du XIII^e siècle», en *Miscellanea Francesco Ehrle*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostólica Vaticana, *Studi e Testi* 38, 1924, T. II, p. 348-376: el misal de la capilla papal «que nunca había salido del territorio italiano [...] debe considerarse como un testimonio muy puro de la liturgia papal, tal y como se observaba en Letrán antes de la salida de la curia» (p. 361); «Nota sobre un ejemplar del ordinario papal transcrito en 1365 para el cardenal Albornoz», en *Revue des sciences religieuses* 5 (1925), p. 275. Mons. Andrieu publicó extractos de este Ordo en *Le Pontifical romain au Moyen Âge*, T. II: «Le Pontifical de la curie romaine au XIII^e siècle», Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, *Studi e Testi* 87, 1940, p. 541-578: «*Ordo qualiter agendum sit feria quinta, sexta et septima ante Pascha, ex ordinario capellanorum papae et e missali romano s. XIII*».

editado por el padre Van Dijk²¹. El pontifical de Durand de Mende, editado por Mons. Andrieu, una de las fuentes citadas por Patrizi, solo ofrece breves capítulos sobre la liturgia de la misa pontifical²². Mabillon quiso reunir los libros ceremoniales romanos desde *el Ordo* de Gregorio X, compuesto hacia 1273 (*el Ordo XIII* de su colección), hasta el ceremonial de Patrizi de 1488, que no publicó; a esta labor se ha dedicado recientemente el padre Marc Dykmans²³.

Tras estudiar todos los ceremoniales de la capilla papal de finales de la Edad Media, Dykmans pudo apreciar cuál había sido su influencia y cuál había sido la contribución real de Patrizi en la redacción de su ceremonial. La obra de Patrizi es una obra de síntesis; tiene el gran mérito de ordenar los temas, clasificarlos y dividirlos; el estilo sigue siendo conciso. «Sus fuentes son estrictamente tradicionales. [...] Las oraciones son textos fijos. A menudo se remontan a antes del año mil. Se reproducen sin ningún cambio. Las rúbricas también se remontan a siglos anteriores. Se fijaron sobre todo entre los siglos^{XII} y ^{XIV} ... Cabe señalar que Patrizi citó la orden de Gregorio X, el ceremonial episcopal del cardenal Latino Malabranca Caetani, el pontifical de Durand el Especulador y sus otras obras, el ceremonial de Stefaneschi, los de Juan de Sion y los de Aviñón hasta Francisco de Conzié, los de Benedicto XIII en España y los de Pierre Ameil en Roma. También toma prestado de sus propias obras y de las del papa Pío II. Sus fuentes se remontan, por tanto, hasta el siglo^{XV}, aunque no sea posible encontrarlas todas, no cabe duda de que todo se ajusta a los usos autorizados»²⁴. Su libro se sitúa en la encrucijada entre la Edad Media y la Edad Moderna.

Posterioridad

²¹ S.J.P. VAN DIJK, O.F.M., *The Ordinal of the papal court from Innocent III to Boniface VIII and related documents*, en *Spicilegium Friburgense* 22, Friburgo: University Press, 1975.

²² Cf. M. ANDRIEU, *Le Pontifical romain au Moyen Âge*, T. III, «Le Pontifical de Guillaume Durand», Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostólica Vaticana, *Studi e Testi* 88, 1940, p. 632 y ss.

²³ El Sr. Dykmans ha publicado seis volúmenes, obras de gran erudición: *Le Cérémonial papal de la fin du Moyen Âge à la Renaissance* (El ceremonial papal desde finales de la Edad Media hasta el Renacimiento), Roma-Bruselas: Biblioteca del Instituto Histórico Belga de Roma – T. I, *Le Cérémonial papal du XIII^e siècle* (El ceremonial papal del siglo XIII), 1977, Fasc. XXIV; T. II, *De Rome en Avignon ou le cérémonial de Jacques Stefaneschi*, 1981, Fasc. XXV; T. III, *Les Textes avignonnais jusqu'à la fin du grand schisme d'Occident*, 1983, Fasc. XXVI; T. IV, *El regreso a Roma o el ceremonial del patriarca Pierre Ameil*, 1985, Fasc. XXVII. A estos cuatro volúmenes hay que añadir los dos volúmenes de *La obra de Patrizi Piccolomini o el ceremonial del primer Renacimiento*, *op. cit.* El padre Van Dijk ya había publicado la edición crítica de extractos del *Ordinarium Gregorii X*, en *The Ordinal of the papal court from Innocent III to Boniface VIII and related documents*, *op. cit.*, entre los que se encuentra el *De Missa papali*, p. 583-589. Cabe señalar, entre el estudio de los libros ceremoniales de finales de la Edad Media y el del ceremonial de Patrizi, la edición del *Liber Caerimoniarum* de Nicolás V, actualización del ceremonial del cardenal Stefaneschi (*ordo XIV* de Mabillon) a cargo de Pierre Gundisalvi de Burgos, clérigo de ceremonias de 1445 a 1469. Véase la edición de F. TAMBURINI y J. NABUCO, *Le Cérémonial apostolique avant Innocent VIII*, *op. cit.*

²⁴ M. DYKMANS, *L'Œuvre de Patrizi Piccolomini*, *op. cit.*, T. I, p. 30*-31*.

Del periodo que se extiende desde 1488 hasta después del Concilio Vaticano II, hay relativamente poco que decir en materia de liturgia papal. El diario o «Libro de notas» de Jean Burckard²⁵, en un primer momento eficaz colaborador de Patrizi, permite seguir la evolución de la liturgia papal bajo Inocencio VIII y Alejandro VI; el del minucioso canónigo de Bolonia Paris de Grassi²⁶, bajo Julio II y León X. La edición de Cristoforo Marcello prevaleció desde 1516 hasta las reformas de Pablo VI, solo complicada y algo desfigurada en la época barroca²⁷. Esta época, en Roma, debe distinguirse claramente del estricto periodo tridentino: periodo de apogeo que Mons. Jedin hizo cesar prácticamente con la llegada de Urbano VIII (1623). De hecho, a Urbano VIII se debe la edición de un *Ordo missae pontificalis in die natalis Domini* para uso del papa²⁸.

El secreto que Paris de Grassi quería que rodease las ceremonias del pontífice romano parece haberse guardado bien. Los estudios sobre la liturgia papal, liturgia normativa donde las haya, fueron escasos.

Tras las valiosas recopilaciones de documentos y usos litúrgicos realizadas por Dom Mabillon²⁹ y Dom Martène³⁰, el siglo XVIII, gracias al impulso dado a los estudios litúrgicos por Benedicto XIV, produjo las primeras, y podríamos decir que únicas, grandes explicaciones de los ritos de la capilla papal³¹: Domenico Giorgi, prelado doméstico de Benedicto XIV, expuso la

²⁵ Véase E. CELANI, «*Johannis Burckardi Liber notarum*», en *Rer. ital. scr.* 32, I, 1-2, Città di Castello y Bolonia, 1906-1932.

²⁶ El padre M. Dykmans había anunciado la publicación del diario de París de Grassi, en tres volúmenes, en la colección de la Biblioteca Apostólica Vaticana *Studi e Testi*. Todavía no ha aparecido. ¿Estaba lista cuando él murió? Véase también M. DYKMANS, «Paris de Grassi», en *Ephemerides liturgicae*, 96 (1982), 99 (1985), 100 (1986).

²⁷ Véase J. NABUCO, *Le Cérémonial apostolique avant Innocent VIII*, *op. cit.*, p. 22* y ss.: «Por otra parte, la liturgia papal se volvió tan complicada que, salvo contadas excepciones, hubo que sacrificarla o dejar que subsistiera solo como un espectáculo pomposo. No es que la misa papal se hubiera vuelto tan difícil en sí misma, sino que los preliminares se habían sobrecargado en exceso». Véase también L. BOUYER, *La Vie de la liturgie. Une critique constructive du mouvement liturgique*, París: Cerf, Coll. Lex orandi 20, 1956, p. 11-21.

²⁸ *El Ordo* de Urbano VIII, cuya edición princeps no hemos podido consultar, se encuentra en D. GIORGI, *De Liturgia romani pontificis in solemnibus celebrationibus missarum, ubi sacra mysteria ex antiquis codicibus, praesertim vaticanis, aliisque monumentis plurimum illustrantur*, Roma, 1731-1734, vol. II, L. IV. Catani cita a menudo este *Ordo*.

²⁹ MABILLON - GERMAIN, *Museum italicum*.

³⁰ E. MARTÈNE, *De antiquis Ecclesiae ritibus libri tres*, Amberes, 4 volúmenes, 1736-1738 (Hildesheim: Georg, 1967).

³¹ Entre los autores del siglo^{XVIII} que dedicaron importantes trabajos a la liturgia papal, además de los más clásicos que mencionamos, Mons. J. Nabuco señala (cf. *Le Cérémonial apostolique* [...], *op. cit.*, p. 39*) al protestante Christian Gottlieb Hoffmann (1692-1735), consejero del rey de Prusia, cuyos dos volúmenes, publicados en Leipzig en 1731-1732, de su *Nova Scriptorum ac monumentorum, partim rarissimorum, partim ineditorum, collectio*, contienen la primera edición del diario de París de Grassi, precedida de una disertación sobre el autor y sobre los ceremoniales romanos (I^{er} vol.), el *Liber diurnus romanorum pontificum* y el ceremonial de Patrizi en la edición de Marcello. Véase también M. DYKMANS, en *L'Œuvre de Patrizi Piccolomini*, *op. cit.*, T. I, p. 39*, n. 17 (donde corrige por Hermann el nombre del autor que Nabuco había llamado Hoffmann).

liturgia papal y transcribió varios documentos hasta entonces inéditos³²; Giovanni Bautista Gattico, abad regular de Letrán, emprendió la publicación de *Acta caerimonialia selecta sanctae romanae Ecclesiae*³³ que, además de la transcripción de ceremoniales, habría entregado las *diaria* si el trabajo de Gattico no hubiera sido interrumpido por orden de Benedicto XIV; Giuseppe Catalani, liturgiasta prolífico y laborioso, elaboró un comentario³⁴ del ceremonial de Patrizi, según la edición de Marcello, que sigue siendo hasta hoy la obra de referencia de los ceremoniales pontificios³⁵.

Surgieron otros comentarios, descripciones más o menos detalladas, entre las que cabe citar las de Gaetano Moroni en su monumental *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*³⁶. A finales del siglo^{XIX} les sucedieron exposiciones ceremoniales para uso de los ceremoniales³⁷, e incluso del gran público³⁸. Hubo que esperar hasta nuestro siglo para que, gracias a Mons. Michel Andrieu y, más recientemente, al padre Marc Dykmans, se publicara, siguiendo todas las reglas de la crítica científica, el conjunto de libros ceremoniales para uso del pontífice romano³⁹, desde finales del siglo^{VII} hasta el primer Renacimiento, época en la que el ceremonial se había fijado, a pesar de las adiciones posteriores, por un tiempo que se había imaginado indeterminado.

I.2 Hacia los libros litúrgicos tridentinos

³² D. GIORGI, *De Liturgia romani pontificis*, *op. cit.*, supra.

³³ G. GATTICO, *Acta Selecta Caerimonialia Sanctae Romanae Ecclesiae: Ex Variis Mss. Codicibus Et Diariis Saeculi XV. XVI. XVII. Aucta Et Illustrata Pluribus aliis Monumentis nondum editis*, 2 volúmenes, Roma: Barbiellini, 1753.

³⁴ G. CATALANI, *Sacrarum Caerimoniarum, sive Rituum ecclesiasticorum sanctae romanae Ecclesiae libri tres a Patricio ordinati et a Marcello editi, nunc commentariis aucti*, 2 vol., Roma, 1750-1751.

³⁵ «[...] No es ningún secreto que en el cónclave de 1958, cuando se planteó la cuestión de un elegido que no era cardenal, se consultó a Catalani para preparar esta hipótesis. El antiguo ceremonial, en efecto, había previsto este caso: la elección de San Celestino V no había caído en el olvido.» (J. NABUCO, *Le Cérémonial apostolique* [...], *op. cit.*, p. 36*, n. 85).

³⁶ G. MORONI, «*Le Capelle pontificie, cardinalizie e prelatizie*», en *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, Venecia, 1841, vol. VIII-IX. Véase también F. CANCELLIERI, *Descrizione de' tre pontificali che si celebrano nella Basilica vaticana per le feste di Natale, Pasqua e di S. Pietro*, Roma, 1788; *Descrizione delle capelle pontificie e cardinalizie*, Roma, 1790; *Storia de solenni possessi de sommi pontifici da Leone III a Pio VII*, Roma, 1802.

³⁷ P.J. RINALDI-BUCCI, *Caerimoniale missae quae a Summo Pontifice ritu solemniter celebratur*, Ratisbona, 1889.

³⁸ G.B. MENGHINI, *Le solenni Cerimonie della messa pontificale celebrata dal sommo pontifice*, Roma, 1904; véase también J. BRINKTRINE, *Die feierliche Papstmesse und die Zeremonien bei Selig und Heiligsprechungen*, Friburgo, 1925.

³⁹ Sería injusto no mencionar aquí los trabajos de M.P. FABRE - L. DUCHESNE, *Le Liber censuum de l'Église romaine*, *op. cit.* Véase J. NABUCO - F. TAMBURINI, *Le Cérémonial apostolique avant Innocent VIII*, *op. cit.* Véase B. SCHIMMELPFENNIG, entre otros, «Ein bisher unbekannter Text zur Wahl, Konsekration und Krönung des Papstes im 12. Jahrhundert», en *Archivium historiae pontificiae* 6 (1968), pp. 43-70; *Die Zeremonienbücher der römischen Kurie im Mittelalter*, Tubinga: Biblioteca del Instituto Histórico Alemán en Roma, 1973; etc. Véase también S.J.P. Van DIJK - J.H. WALKER, *The ordinal of the papal court* [...], *op. cit.*; etc. Cf. F. WASNER, «*De consecratione, inthronisatione, coronatione summi pontificis*», en *Apollinaris* 8 (1935), pp. 86-125, 249-281, 428-439; «Texte des 15. Jdhs. zum Zeremoniell», en *Traditio XVI* (1958); etc.

Tras esta breve presentación de las fuentes y estudios sobre la liturgia papal, cabe señalar que encontramos los nombres de quienes la codificaron entre los que dieron origen al Misal Romano de San Pío V (1570), al Pontifical Romano (1595) y al Ceremonial de los Obispos (1600), ambos publicados por Clemente VIII, libros que, junto con el breviario romano de San Pío V (1568) y el ritual romano de Pablo V (1614), pretendían responder a las directrices formuladas en Trento el 5 de diciembre de 1563 por los Padres del Concilio, en su vigésimo quinta y última sesión⁴⁰. Nunca se insistirá lo suficiente en que los principios de revisión y ordenación de los libros litúrgicos formulados por el Concilio de Trento, y tal y como aparecen, por ejemplo, en la bula *Quo primum Tempore* de San Pío V, están contenidos en esencia en las dos cartas de Agostino Patrizi Piccolomini a Inocencio VIII, en las que se introduce, una, el pontifical de 1485, y la otra el ceremonial de 1488. Ahora bien, el Pontifical romano de 1595 es tributario del de 1485.

Además, se sabe cuán eficaz fue, en opinión del propio obispo de Pienza, la contribución de Jean Burckard a la redacción de los libros de Inocencio VIII. Ahora bien, el *Ritus servandus* del misal tridentino es, en esencia, salvo algunos detalles, *el Ordo missae* de 1502 del ceremonialista alsaciano⁴¹. Tampoco se ignora que el ceremonial de los obispos de 1600 se elaboró a partir de las mismas fuentes que precedieron a la redacción del ceremonial de Patrizi, y que conviene señalar, sin exagerar, la influencia del ceremonial que escribió hacia 1508 el e, canónigo Paris de Grassi⁴², sucesor de Burckard como maestro de ceremonias de la capilla papal⁴³.

Por lo tanto, nos sumamos a las siguientes observaciones:

— Los libros litúrgicos postridentinos, y aquí distinguimos aquellos que contemplan o se refieren a la celebración eucarística, es decir, el misal, el pontifical y el ceremonial de los obispos,

⁴⁰ Cf. H. JEDIN, «Concilio tridentino e riforma dei libri liturgici», en *Chiesa della fede, Chiesa della storia*, Brescia: Morcelliana, 1972, pp. 391-425; véase también del mismo autor: *Il Concilio di Trento*, Brescia: Morcelliana, 1981, T. IV, Vol. II, pp. 344-347.

⁴¹ *El Ordo missae* de Jean Burckard fue publicado por John WICKHAM LEGG, *Tracts on the Mass*, Londres: Henry Bradshaw Society, 1904, p. 126 y ss.; véase también el apéndice de *Ephemerides liturgicae*, Roma, 1924.

⁴² PARIS DE GRASSI, *De caeremoniis cardinalium et episcoporum in eorum diocesisibus - libri duo*, Roma, 1564. La publicación póstuma —Paris de Grassi había fallecido en 1528— fue obra de Francesco Mucanzio, uno de los sucesores de Grassi. Sobre Paris de Grassi, véase J. NABUCO, *La Liturgie papale et le cérémonial des évêques*, *op. cit.*, pp. 287-292; del mismo autor, *Le Cérémonial papal avant Innocent VIII*, *op. cit.*, p. 33*-34*; véase también L. GROMIER, *Commentaire du Cærimoniale episcoporum*, París: La Colombe, 1958, donde el autor detecta, al leer el *Cærimoniale episcoporum* de Clemente VIII, la influencia del canónigo boloñés.

⁴³ Sobre la influencia exacta del ceremonial de París de Grassi en los redactores del ceremonial de 1600, véase M. DYKMANS, *Le Pontifical romain révisé au XV^e siècle*, *op. cit.*, p. 122: «El libro de Patrizi se abre ahora a una larga liturgia que abandona a Durand y que el Pontifical romano (de 1595) tuvo el error de descuidar, reservándola para el ceremonial de los obispos. Se trata, en efecto, de la misa pontifical más solemne. [...] Esta misa ocupa 17 hojas, de las que solo diremos que se encuentran a medio camino entre Latino Malabranca, hacia 1280, y el *Cærimoniale episcoporum* de 1600. Este último se acerca más al pontifical en sus ediciones de los siglos XV y XVI que al libro de París de Grassi *De Caeremoniis cardinalium et episcoporum in eorum diocesisibus* publicado en 1564. Es el texto de Patrizi el que debería imprimirse junto al otro.

forman un corpus homogéneo en cuya elaboración trabajaron, a partir de las mismas fuentes mencionadas anteriormente, los mismos liturgistas *periti* en materia de ceremonias, y en particular de ceremonias papales.

— Esta homogeneidad supone, detrás de la codificación y la ejecución de estos ritos, una doctrina, es decir, una visión eclesiológica que impone una economía de los ritos, una lógica interna, una inteligibilidad ceremonial. Por lo tanto, postulamos unas características fundamentales que determinan un sistema completo de los libros postridentinos y permiten poner de relieve la perfecta coherencia e interdependencia de estos libros entre sí. Ahora bien, este sistema solo puede comprenderse realmente mediante una lectura vertical de las rúbricas litúrgicas que contienen.

A partir de ahora nos dedicaremos brevemente a dicha lectura, considerando cómo algunos ritos eucarísticos del ceremonial papal de Inocencio VIII pasaron al Misal Romano de San Pío V.

II. Ritos eucarísticos

La misa pontifical del papa, tal y como la describe Patrizi para el día de Navidad en el segundo libro de su ceremonial, es, en cuanto a las normas de celebración —salvo algunos detalles—, la de los ceremoniales medievales que la precedieron. Solo las normas de etiqueta relativas a los príncipes y señores que asisten y participan en la celebración del pontífice romano, y las diversas pruebas y pregustaciones, constituyen novedades y dan testimonio de la huella del Renacimiento. Los preliminares de la celebración eucarística no harán más que aumentar en la época barroca.

El texto distingue dos asientos para el pontífice. El primero está situado detrás del altar mayor, en el ábside, pero a un lado, una especie de pequeño trono donde el papa, procedente de su palacio y vestido con el pluvial y la mitra, entonará la tercera y tomará los ornamentos para la misa. Desde allí, después de haber impuesto el incienso, se dirigirá al pie del altar para el rito de la confesión, habiendo recibido en el camino el homenaje de los tres últimos cardenales presbíteros. Cuando haya incensado el altar y haya sido incensado por el cardenal diácono del evangelio —o cardenal ministro—, y haya admitido a este último y a los otros dos cardenales diáconos asistentes al homenaje del doble beso en la mejilla y en el pecho, el papa se dirigirá al gran trono, *ad sedem suam eminentem*⁴⁴. Cabe destacar que solo tomará posesión de este asiento elevado al fondo del ábside, desde donde domina a toda la asamblea, una vez que se hayan completado los ritos

⁴⁴ Véase la nota 867 en la edición DE DYKMANS, *Le Pontifical romain révisé au ^{XVI}siècle*, op. cit., T. II, p. 302.

preparatorios del pequeño trono y los ritos penitenciales y de veneración del altar. A partir de ese momento, hasta la hora de la acción eucarística propiamente dicha, es decir, hasta el ofertorio, todas las ceremonias convergerán hacia el trono del pontífice, hacia el que se dirigirá toda la atención; desde allí, el pastor supremo organizará toda la celebración litúrgica.

II.1 Ofertorio y ofrendas

El canto del *Credo* permitirá los primeros preparativos del altar, cuya mesa ha permanecido desnuda, a excepción, al fondo, del adorno de la cruz y los siete candelabros, que antes se llevaban en procesión. Patrizi atestigua que el altar es el lugar donde se deposita el *regnum* (tiara); la presencia de las estatuas de los santos Pedro y Pablo se menciona ya en Clemente V⁴⁵; posteriormente se admitió la de dos relicarios, pero nunca se permitió la decoración floral sobre el altar mismo. El cardenal diácono ministro y el subdiácono latino —o subdiácono ministro— extienden sobre el altar un mantel de tela damascada⁴⁶. El diácono dispone el corporal, la caja de hostias y los purificatorios traídos por el subdiácono. El sacristán lleva al diácono el cáliz con su cucharilla y su patena después de haberlos lavado en la credencia papal; un acólito le sigue con las buretas y una copa de plata para la *pregustatio*, que también habrá lavado el sacristán. Estos últimos ritos son novedades. Los ceremoniales anteriores no mencionan nada que pueda evocar estas abluciones; en cuanto a la pre-gustación de la materia del sacrificio, el ceremonial largo de Aviñón, cuya redacción se sitúa entre 1340 y 1362, la señala como un uso e⁴⁷. Dos obispos asistentes colocan sobre el altar el misal con su cojín y el candelabro. El papa, tras haberse quitado los guantes y lavado las manos, abandona el trono y se dirige hacia el altar, donde procederá a los ritos del ofertorio.

De la solemne presentación de los oblatos al pontífice por parte de la alta nobleza, los funcionarios de la corte, sus asistentes y su propia ofrenda traída por el *subdiaconus oblationarius*,

⁴⁵ Cf. M. DYKMANS, *Le Cérémonial papal* [...], *op. cit.*, T. II, p. 342.

⁴⁶ «Entre las ceremonias de la misa papal cuyo origen y razón de ser se desconocen, cabe mencionar el mantel del *Incaratus est*, llamado «strogolo». Se trata de un mantel de tela damascada, dividido en trece partes y adornado con encaje dorado, del tamaño de la mesa del altar, que se coloca sobre esta antes de la misa, pero doblado hacia los candelabros. Después del *Incaratus est* y antes de llevar al altar la bolsa con el corporal, el cardenal diácono, ayudado por el subdiácono de la misa, despliega este mantel» (J. NABUCO, *Le Cérémonial apostolique* [...], *op. cit.*, p. 48*). Véase también L. GROMIER, *Commentaire du Cérémonial episcoporum*, *op. cit.*, p. 249-250. J.A. JUNGSMANN (*op. cit.*, T. II, p. 328) ve en ello un vestigio del antiguo corporal que cubría toda la anchura del altar.

⁴⁷ «*Et in fine (incenset) episcopum non cardinalem, si serviat pape, ut vidi fieri, tam in parando altare quam in eligendo hostiam per papam consecrandam, ac ponendo vinum et aquam in calice, et probam de illis fieri faciendo*», ed. DYKMANS, en *Le Cérémonial papal* [...], *op. cit.*, T. IV, p. 155, n. 32.

todos los ritos descritos con precisión por *el Ordo romanus* I⁴⁸ , solo quedan pálidos vestigios en el ceremonial apostólico del siglo^{XV}.

Cuando el pan ácimo se impuso poco a poco en Occidente, desde el siglo^{IX} hasta ser universalmente aceptado a mediados del siglo^{XI} ⁴⁹ , la oblación de los fieles, muy apreciada en territorio franco, consistía en la ofrenda de otros objetos entre los que destacaban, en particular, el aceite, la cera, las velas e incluso el oro y la plata⁵⁰ . En el siglo^{XIII}, el ceremonial u *Ordo* de Gregorio X ya no contemplaba el rito de la ofrenda en la misa del papa. Las ofrendas solo se practicaban en ceremonias extraordinarias. Así, Patrizi describe un rito de ofrenda durante la misa de una canonización: un cardenal-obispo ofrecerá al pontífice dos pesadas velas de cera, un cardenal-sacerdote dos grandes panes y un cardenal-diácono dos barricas de vino. Estaban escoltados por caballeros; un orador acompañaba a cada uno de estos cardenales y ofrecía al papa una vela y una jaula con pájaros. Cabe señalar que se trata aquí de una ofrenda personal y simbólica hecha al pontífice para agradecerle la gracia espiritual recibida. Porque no nos equivoquemos: cuando a la costumbre de la ofrenda —por parte de los fieles— de los oblatos eucarísticos se le añadió y luego sucedió la ofrenda de otros elementos, se estableció una separación rigurosa entre los oblatos⁵¹ . Esta distinción, que aparece claramente en el estudio de los ritos de ofrenda, fue formulada con exactitud por santo Tomás de Aquino cuando, en el tratado de la religión, distinguió con precisión la simple oblación, que es la presentación —de carácter libre e indeterminado— hecha a Dios de una ofrenda para el culto o sus ministros, de la ofrenda de una materia, en este caso el pan y el vino, sobre la que se va a realizar —concomitantemente con el acto de ofrecer— un rito sagrado determinado, un *sacrum facere*, un sacrificio⁵² . Por lo tanto, e , conviene señalar la diferencia entre la simple presentación de ofrendas, no finalizada por el sacrificio, y la ofrenda vinculada al sacrificio. Por lo tanto, solo el pan y el vino, que ahora los ministros sagrados llevan desde la credencia —donde han sido preparados— hasta el altar, en el que la materia del sacrificio

⁴⁸ Cf. M. ANDRIEU, *Les Ordines romani du haut Moyen Âge*, Lovaina, ed. 1971, vol. II, pp. 91-94.

⁴⁹ Cf. J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. II, p. 304-311.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 279-298.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 287-291.

⁵² Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, IIa IIae, Q. 85, A. 3, ad 3um: «*Sacrificia proprie dicuntur quando circa res Deo oblatas aliquid fit sicut quod animalia occidebantur, quod panis frangitur et comeditur et benedicitur. Et hoc ipsum nomen sonat: nam sacrificium dicitur ex hoc quod homo facit aliquid sacrum. Oblatio autem directe dicitur cum Deo aliquid offertur, etiam si nihil circa ipsum fiat: sicut dicuntur offerri denarii vel panes in altari, circa quos nihil fit. Unde omne sacrificium est oblatio, sed non convertitur. Véase también Q. 86, A. 1: «[...] Nomen oblationis commune est ad omnes res quae in cultum Dei exhibentur. Ita quod si aliquid exhibeatur in cultum divinum quasi in aliquod sacrum quod inde fieri debeat consumendum, et oblatio est et sacrificium. [...] Si, en cambio, se exhibe de tal manera que permanezca intacto, destinado al culto divino o para el uso de los ministros, será oblación y no sacrificio».*

será presentada al pontífice para que la ofrezca en un rito de separación de perspectiva sacrificial, pueden ser objeto del rito del ofertorio⁵³. Por lo tanto, es necesario comprender esta distinción fundamental para entender correctamente la naturaleza del ofertorio⁵⁴. Lo que Josef Andreas Jungmann denomina «la actitud en definitiva hostil de la liturgia romana reciente hacia la procesión del ofertorio»⁵⁵ parece explicarse por el deseo de evitar cualquier ambigüedad sobre el significado del gesto y la materia de la ofrenda.

El ceremonial apostólico de Patrizi, como hemos visto, conservó la ofrenda durante la canonización y la ofrenda de oro del emperador el día de su coronación. El Pontifical Romano de 1595 prevé, justo antes de los ritos del ofertorio, las ofrendas de una vela al pontífice por parte de los que acaban de ser promovidos a la primera tonsura clerical, a las órdenes menores y mayores, así como por parte de las vírgenes consagradas. El obispo recién consagrado y el abad recién bendecido le ofrecerán dos pesadas velas —*intortitia*—, dos panes y dos barricas. A la nueva abadesa solo se le exigirán las *intortitia*, mientras que los reyes y reinas ofrecerán al arzobispo metropolitano que los haya coronado el oro *quantum sibi placet*: tanto como él quiera recibir.

Ni en *el Ordo* de la misa papal de Patrizi ni en el de la misa episcopal del *Cærimoniale episcoporum* de Clemente VIII hay rastro de la ofrenda en el *Ritus servandus* del Misal Romano de San Pío V. En 1502, *el Ordo missae* de Jean Burckard aún la contemplaba: el protestantismo se

⁵³ Véase Dom B. CAPELLE, O.S.B., «Nos sacrifíces et le sacrifice du Christ à la messe» (Nuestros sacrificios y el sacrificio de Cristo en la misa), en *La Messe et sa catéchèse* (La misa y su catequesis), París: Cerf, coll. Lex orandi 7, 1947, pp. 154-179: «En el ofertorio, el fiel realiza mentalmente el gesto que antaño realizaba toda la asamblea al avanzar hacia el altar: cada uno confía su ofrenda al sacerdote para que la consagre. Esta ofrenda no es otra cosa, como antaño, que el pan y el vino. Más allá del sacerdote, es a Dios a quien se quiere ofrecer. Ahora bien, el fiel sabe muy bien que la gravedad de este acto, su eficacia, su importancia para nuestro bien y el de toda la Iglesia, provienen del hecho de que el pan y el vino pronto serán el cuerpo y la sangre de Cristo. El horizonte del ofertorio no es, pues, menos amplio que el de toda la misa; nuestra participación espiritual no puede tener en él un ideal inferior y más restringido. [...] Confiar al sacerdote la materia del sacrificio, con la misión de actuar luego por nosotros ante Dios, es asociarse de antemano, desde lo más profundo de nuestro ser, a la ofrenda que se le hará unos instantes más tarde. Como se ve, el ofertorio no constituye en modo alguno un inicio, un primer acto de la oblación misma. Es toda la oblación, pero solo en su preparación: *tuo Nomini preparatum*. El ofertorio no es, pues, un acto *parcial*, sino *absoluto*; por el contrario, es un acto *total*, pero *relativo*, es decir, que el cristiano debe realizar espiritualmente, por anticipado, toda su participación en la consagración, con la mirada ya fija en la oblación sacramental inminente, en relación esencial con ella. [...] Lo que se da a Dios, confiándolo al sacerdote con infinito respeto, es, por tanto, el pan y el vino que virtualmente son ya el cuerpo y la sangre de Cristo» (p. 171-172). Véase también el *Debate sobre el ofertorio* a raíz de la intervención de Dom Capelle, en el que Dom L. Beaudoin plantea la siguiente pregunta: «¿No reduce excesivamente la forma en que presenta las cosas la participación de los fieles en la misa, lo que va en contra de todo nuestro esfuerzo litúrgico?». Aquí tocamos el quid de la cuestión litúrgica contemporánea.

⁵⁴ J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. II, p. 291.

⁵⁵ Cf. J.W. LEGG, *Tracts on the mass*, *op. cit.*, p. 149: «*Dicto offertorio, si sint volentes offerre, celebrans accedit ad cornu epistolae, ubi stans detecto capite, latere suo sinistro altari verso, deponit manipulum de brachio sinistro, et accipiens illud in manum dextram porrigit summitatem ejus singulis offerentibus osculandum dicens singulis: "Acceptabile sit sacrificium tuum omnipotenti Deo", vel: "Centuplum accipias et vitam aeternam possideas".*» (Citado por J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. II, p. 289, n. 89).

encargó de darle el golpe de gracia. Sin embargo, se podrían citar multitud de ejemplos de ritos relacionados con ella, practicados en virtud de costumbres inmemoriales⁵⁶. Son conocidos los recientes esfuerzos por restaurar los ritos de la ofrenda; por desgracia, nadie ignora hasta qué punto contribuyen, en la mente de muchos, a disminuir la perspectiva sacrificial del ofertorio.

Pero continuemos con nuestra lectura del *Ordo* del obispo de Pienza.

El pontífice romano, una vez llegado al altar, recibe la patena con la hostia y, a continuación, el cáliz en el que el diácono ha vertido vino suficiente para tres personas: el pontífice, el diácono y el subdiácono. Este último ha mezclado un poco de agua con ayuda de una cuchara. El pontífice hace la oblación del pan y, a continuación, el diácono, ministro ordinario de la Preciosísima Sangre, recita con el pontífice la fórmula de ofrenda del cáliz. El ceremonialista coloca alrededor del cuello del subdiácono un velo de seda para que guarde la patena, cubierta con este velo ligero, hasta la preparación de los ritos de la comunión hacia el final del *Pater noster*. Encontramos esta muestra de respeto hacia la patena ya en *el Ordo romanus* I. Sin embargo, a finales del siglo^{VII}, era primero un acólito quien, cubierto con un velo de lino, sostenía hasta el canon la patena de gran tamaño; luego un subdiácono *sequens* la recibía *super planetam*, se presentaba ante el altar y esperaba allí a que el subdiácono *regionarius*⁵⁷ la tomara una vez terminado el canon⁵⁸.

Se procede a la incensación de los oblatos, del altar, del pontífice, de los cardenales, del clero por orden, etc. El pontífice continúa la misa. Para la elevación, y hasta después de la

⁵⁶ Cf. E. MARTÈNE, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, op. cit., T. I, p. 386 y ss.; P. LEBRUN, *Explication littérale, historique et dogmatique des prières et des cérémonies de la messe*, París, 1716, p. 226 y ss.; véase también J.A. JUNGSMANN, op. cit., T. II, p. 281-298.

⁵⁷ Sobre las categorías de subdiáconos y sus diversas funciones en la liturgia papal a lo largo de la historia, véase A. CUVA, «Pagine di storia del ministero suddiaconale alla messa papale», en *Fons vivus - Miscellanea Vismara*, Roma, 1971, pp. 287-314. Tras señalar la función de los subdiáconos en el ceremonial de Patrizi, el autor concluye: «Como se ha podido constatar, incluso en el ceremonial de Patrizi, el servicio subdiaconal en la misa papal es variado y se asigna a varios subdiáconos. Cabe señalar que los verdaderos subdiáconos siguen constituyendo el colegio de subdiáconos apostólicos. Sin embargo, hay que admitir que las funciones confiadas a los subdiáconos apostólicos en la misa papal de Patrizi se han reducido notablemente, si las comparamos con las previstas en *el Ordo romanus* I y en *el ordo* del canónigo Benito. Esto nos indica que, incluso en los tiempos posteriores al *ordo* de Benito, continuó ese inexorable proceso, ya observado en los siglos^X y ^{XI}, de simplificación de las funciones papales» (p. 308, traducción nuestra).

⁵⁸ «*Nam quod intermisimus de patena, quando inchoat canonem* (léase aquí el prefacio que, para el redactor del *ordo*, da comienzo al canon), *venit acolytus sub humero habens sindonem in collo ligatam, tenens patenam ante pectus suam in parte dextera usque medium canonem* (léase aquí el *Te igitur*). *Tunc subdiaconus sequens suscipit eam super planetam et venit ante altare, expectans quando eam suscipiat subdiaconus regionarius. Finito vero canone, subdiaconus regionarius stat cum patena post archidiaconem*». Cf. *Ordo romanus* I, ed. M. ANDRIEU, op. cit., vol. II, pp. 96-97.

comuni3n del pont3fice, ocho ac3litos apost3licos sostienen antorchas de cera; otro ac3lito incensa el Sant3simo Sacramento.

II.2 Ritos de la comuni3n

Tras la elevaci3n, el sacrist3n, con los hombros cubiertos por un velo, toma con la mano derecha el soplete de oro que utilizar3 el pont3fice para la comuni3n en el c3liz⁵⁹ ; en la mano izquierda sostiene un c3liz. Precedido por un ac3lito que lleva una vinajera y una copa de oro, y escoltado por los ujieres, se dirige a la credencia papal; all3 lava con vino y agua el chalumeau, el c3liz y la copa de oro, los seca y los deposita sobre el altar. Si hasta ahora ha quedado muy claro que la misa episcopal descrita por el *C3rimoniale episcoporum* post-tridentino no es, en cierto modo —salvo algunas particularidades y recientes normas de etiqueta de car3cter real—, m3s que una adaptaci3n de la misa papal a las proporciones de una catedral, ahora, sin embargo, se prepara un rito 3nico que los papas siempre conservaron como un privilegio personal, que ni siquiera concedieron al patriarca de Lisboa⁶⁰ : la comuni3n *ad sedem exaltatam*, en el trono⁶¹ , ya mencionada en *el Ordo romanus* I.

El Ordo romanus I —la primera descripci3n ritual del culto eucar3stico en Roma que conservamos— presenta, con motivo de la comuni3n, una gran complejidad de ritos, entre los que se encuentran m3ltiples ritos de inmersi3n. Aqu3 solo mencionamos *el Ordo* I en la medida en que nos permite comprender mejor ciertos «ritos vestigiales» que nos transmiten el ceremonial del obispo de Pienza y los libros tridentinos. Tras el embolismo del *Pater*, acompa3ado de la entrega de la patena, se produce la primera inmersi3n en el c3liz del *fermentum*, porci3n de *los sancta* consagrados durante una misa anterior. A continuaci3n, se procede al beso de la paz. Despu3s de depositar en la gran patena que sostiene el di3cono los dos panes consagrados que hab3a ofrecido, y de los que ha desprendido un fragmento que deja sobre el altar —primera fracci3n—, el papa se dirige al trono. Mientras los ac3litos reciben del archidi3cono, asistido por los subdi3conos, los

⁵⁹ Sobre el origen y el uso del *calamus*, adem3s de J. A. JUNGSMANN (*op. cit.*, T. III, p. 316-318), cf. J. BRAUN, *Das christliche Altarger3t in seinem Sein und seiner Entwicklung*, M3nich, 1932, (Hildesheim-Nueva York: Georg, 1973), p. 248-265, con una figurita de la *fistula* papale (p. 264).

⁶⁰ Sobre los privilegios lit3rgicos del patriarca de Lisboa que le concedieron Clemente XI (1716), Benedicto XIII (1724) y Clemente XII (1737), confirmados por P3o VI (1778), la misa que celebra *more papali*, etc., cf. la obra fundamental de J. NABUCO, *Jus pontificalium - Introductio in c3rimoniale episcoporum*, Par3s, 1956, pp. 51-57 y p. 361 (bibliograf3a).

⁶¹ Sobre la comuni3n del papa en el trono, v3ase: A. ROCCA, *De sacra summi Pontificis communione*, Roma, 1610; G. CATALINI, *Sacrarum C3rimoniarum sive rituum ecclesiasticarum*, *op. cit.*, T. II, p. 78-86 (hemos consultado principalmente a Catalani).

panes consagrados en bolsas de lino y se dirigen hacia los obispos y los sacerdotes, dos subdiáconos llevan la patena del papa hasta el trono donde se encuentra. Allí, sobre esta patena, los diáconos realizan la fracción. Los obispos y los sacerdotes proceden igualmente a la fracción de los panes consagrados. Durante toda esta solemne fracción, se canta *el Agnus Dei*. A continuación, el *diácono menor* presenta la patena al pontífice. Este comulga, teniendo cuidado de separar una parte del pan consagrado que coloca en el cáliz pronunciando la fórmula *Haec commixtio et consecratio* durante esta segunda comulgación. A continuación, toma la Preciosísima Sangre del cáliz que le presenta el archidiácono, . El clero comulga con la especie del pan de la mano del pontífice, en el trono; con la especie del vino de la parte del archidiácono, en el altar. Todos comulgan con el Santo Cuerpo y con un cáliz (*scyphus*) de vino en el que se ha mezclado la Preciosísima Sangre⁶² .

Ritos preparatorios e inmisión

Volvamos al ceremonial apostólico de Patrizi. La ordenanza de los ritos preparatorios para la comunión que describe es la que figura en *el Ordo lateranensis* de 1145, el ceremonial episcopal del prior Bernardo⁶³ . Los ritos eucarísticos descritos por Bernardo no eran otros que los del *Hadrianum*, enriquecidos por Alcuino en los primeros años del siglo^{IX} ⁶⁴ ; en cuanto al culto no eucarístico, dependía estrechamente del pontifical romano-germánico del siglo^X⁶⁵ . Ahora solo hay una única intervención. La ordenación de los ritos es la que nos transmite, a través del misal de la curia romana del siglo XIII, a saber: entrega de la patena, oración del *Libera nos*, fracción de la hostia, *Pax Domini*, primera y única inmisión, canto del *Agnus Dei*, oración *Domine Jesu Christe*, beso de paz.

Sin embargo, hay que señalar aquí que el lugar de la inmersión del *Ordo lateranensis* —el elegido por el obispo de Pienza y, antes que él, por el ceremonial largo de Aviñón (1340-1360) para la misa papal— ya no se corresponde con la descrita por Inocencio III en el *De Missarum*

⁶² Sobre la costumbre de mezclar la Preciosísima Sangre con vino no consagrado, véase M. ANDRIEU, *Immixtio et consecratio*, París, 1924.

⁶³ L. FISCHER, *Ordo officiorum Ecclesiae Lateranensis*, Múnich, 1916. Para la comparación del *Ordo romanus* I con el *Ordo Lateranensis*, véase B. CAPELLE, «Fraction et commixtion», en *Travaux liturgiques*, Lovaina: Centre liturgique - Abbaye du Mont-César, 1962, T. II, p. 319 y ss.

⁶⁴ Sobre el sacramentario gregoriano *Hadrianum* (llamado así por el papa Adriano, que lo envió a la corte de Aquisgrán hacia el año 785) y sobre *el Hadrianum* complementado por Alcuino, véase C. VOGEL, *Introduction aux sources*, *op. cit.*, p. 72-82, con la bibliografía.

⁶⁵ Sobre el Pontifical romano-germánico, véase: M. ANDRIEU, *Les Ordines romani*, *op. cit.*, vol. I, p. 494-548; C. VOGEL - R. ELZE, *Le Pontifical romano-germanique du X^e siècle*, Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, 1963; véase también C. VOGEL, *Introduction aux sources*, *op. cit.*, pp. 187-203, con bibliografía.

*mysteriis*⁶⁶ y por el conjunto de ceremoniales de la capilla papal hasta el de Stefaneschi incluido, tal y como la comentó Guillaume Durand⁶⁷. Así, la misa episcopal del *Ordo lateranensis* se introdujo en la liturgia papal, y asistimos aquí a una de esas «interacciones entre liturgias», es decir, entre la basílica de Letrán y la capilla papal, señaladas por el padre Gy⁶⁸. De hecho, hasta la época del ceremonial largo de Aviñón —según las palabras de Inocencio III, *Romanus pontifex alium in communicando morem observat*⁶⁹—: después de hacer la triple señal de la cruz con la porción sobre el cáliz mientras decía el *Pax Domini*, volvía a colocar la porción sobre la patena; tras dar el beso de la paz, volvía a subir a su trono y, a la vista de todos, cogía de la patena que sostenía el subdiácono la mayor de las tres hostias que se le presentaban, la subdividía, tomaba una parte y ponía la otra en el cáliz. Si solo quedaba una inmisión, esta evocaba sin embargo *el Ordo romanus* I: recordaba el rito solemne de la fracción en el trono y mantenía la segunda inmisión *de ipsa sancta quam mormorderat*⁷⁰. Las otras dos porciones se utilizaban para la comunión de los diáconos y subdiáconos, a quienes vemos recibir la paz en el momento mismo de comulgar.

En la ceremonia de Patrizi, el Papa dejó caer la parcela con la que trazó la triple señal de la cruz en *el Pax Domini*; dio la paz al cardenal obispo asistente, luego a los dos cardenales diáconos asistentes, y abandonó el altar para dirigirse al trono del fondo del ábside. A partir de ese momento, en el altar, el diácono ministro eleva a la altura de los ojos la patena con la hostia, describe movimientos circulares y se la entrega al subdiácono, que la lleva a la izquierda del papa. Repitiendo estos mismos movimientos con el cáliz, el diácono lleva el cáliz a la derecha del pontífice. El pontífice, en el libro que sostiene ante él un obispo asistente, lee las oraciones

⁶⁶ Esta obra del papa Inocencio III (1198-1203), anterior a su ascensión al pontificado, es más conocida por el título que le dio Migne *De sacro Altaris mysterio*, PL 217, 763-916. El pasaje al que nos referimos se encuentra en L.VI, 9.

⁶⁷ Guillaume DURAND, *Rational ou Manuel des divins Offices*, trad. fr., París, 1854, T. II, p. 394-398. Sobre la obra de Guillaume Durand, obispo de Mende, véase M. ANDRIEU, *Le Pontifical romain au Moyen Âge, op. cit.*, T. III, «Le Pontifical de Guillaume Durand», p. 3-22; véase también P.M. GY, O.P., *Guillaume Durand, évêque de Mende (vers 1230-1296), canoniste, liturgiste et homme politique*, Actas de la mesa redonda del CNRS (Mende, 24-27 de mayo de 1990), París: CNRS, 1992.

⁶⁸ P.M. GY, O.P., «Interactions entre liturgies. Influence des chanoines de Lucques sur la liturgie du Latran», en *Revue des sciences religieuses* 58 (1984), p. 537-552; del mismo autor, «L'unification liturgique de l'Occident et la liturgie de la curie romaine», en *Revue des sciences théologiques et philosophiques* 59 (1975), p. 601-612. Véase también M. MARCHETTI, *Liturgia e storia della Chiesa di Siena nel XII secolo*, Siena: Istituto storico diocesano di Siena, 1991, pp. 45-48.

⁶⁹ *De Missarum mysteriis (De sacro altaris mysterio)*, op. cit., L.VI, 9: «*Summus pontifex non statim particulam hostiae dimittit in calicem, sed eam, post trinum crucis signaculum, in patenam reponit, et post osculum pacis ad sedem adscendens, ibi consistens, universis cernentibus, partem majorem suscipit oblatae de patena quam ei diaconus repraesentat, ipsamque videntibus dividens, unamque particulam sumens, aliam mittit in calicem quem tenet coram ipso subdiaconus, de quo sanguinem hautit cum calamo. Deinde particulam unam tradit cum osculo diacono, aliamque subdiacono sine osculo, quem ad altare ministrantem ei calicem diaconus osculatur. Et tunc subdiaconus particulam dimissam in calice sumit cum sanguine.*»

⁷⁰ *Ordo romanus* I, ed. ANDRIEU, op. cit., T. II, p. 101.

prescritas; toma y consume una de las dos partes, luego subdivide la parte restante; con el soplete de oro que le presenta el cardenal obispo asistente, toma una parte de la Preciosísima Sangre. Encontramos aquí, pues, una fracción en el trono y la comunión con una parte de las especies sagradas, reservándose el resto para los ministros sagrados.

También encontramos aquí el estrecho vínculo que une el beso de paz con el acto mismo de la comunión. En efecto, el cardenal diácono ministro —que junto con el subdiácono no había recibido el beso de paz en el altar con los cardenales asistentes—, de pie, sosteniendo aún el cáliz y el sorbato, se inclina, besa la mano del pontífice, recibe su porción eucarística, besa al pontífice en la cara —se trata, de hecho, de un abrazo— y luego vuelve al altar donde, en la esquina de la epístola, toma un poco de la Preciosísima Sangre con ayuda del chalumeau. El subdiácono, arrodillado con la patena, recibe la comunión del Santo Cuerpo de manos del papa, con los mismos besos en la mano y en la cara, y luego se acerca al altar para comulgar con la Santa Sangre después de haber purificado la patena.

Catalani relata en su comentario la antigua costumbre de dar una porción de la gran hostia a algún hombre ilustre, es decir, al emperador; cita el ejemplo de Pascual II con Enrique V⁷¹. *El Ordo lateranensis* —ceremonial de tipo episcopal—, que no contemplaba la comunión del papa *ad sedem eminentem*, preveía sin embargo que el diácono y el subdiácono comulgaran con la hostia del obispo celebrante. En la época tridentina, este uso solo se conservaba para la misa del papa, en la que el diácono y el subdiácono debían comulgar obligatoriamente.

Beso de paz y comunión

Hemos visto que la recepción de la paz por parte de los ministros está relacionada con el acto de la comunión. El beso de paz en el momento de la comunión⁷², rasgo distintivo de las liturgias de Roma y África desde la época de san Agustín —resonancia desde san Gregorio Magno del *sicut y nos dimittimus* del Pater— se consideró una preparación indispensable para la recepción

⁷¹ J. CATALANI, *op. cit.*, T. II, L. II, Tit. I, C. XIV, § XIII, XI.

⁷² Cf. J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. III, p. 249 y ss.; véase también M. RIGHETTI, *Manuale di storia liturgica*, Milán: Ancora, 1966, vol. III, p. 486-489.

del sacramento, que es signo de la unidad entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo⁷³, y fue durante mucho tiempo una práctica viva. Sin embargo, cuando la recepción de la comunión se hizo menos generalizada y más rara, el beso de paz, que provenía del celebrante que besaba el altar, o incluso la hostia y el cáliz —transmitido por los ministros—, se convirtió entonces en una especie de sustituto de la recepción del sacramento. Con el fin de atenuar lo que ahora se consideraba una muestra de íntima familiaridad⁷⁴, en la Edad Media se estilizó el beso, que pronto pasó a intercambiarse únicamente entre clérigos durante la misa solemne.

Los ritos descritos por Patrizi muestran la relación entre el beso de paz y el acto mismo de la comunión. Los ministros sagrados besan la mano del pontífice, reciben la comunión y le besan en la mejilla. Este rito, pero esta vez en el altar, aparece en los libros tridentinos. El *Cærimoniale episcoporum* lo reproduce fielmente⁷⁵. Evidentemente, supone la misa del obispo ordinario del lugar en el trono. En la catedral, el día de Pascua, describe la comunión general de los ministros sagrados, del clero e e y del pueblo. Después de comulgar, el obispo da inmediatamente la comunión al diácono y al subdiácono con dos hostias tomadas del copón y colocadas en la patena⁷⁶. Cada uno de ellos besa primero la mano del obispo, recibe la hostia, se levanta, besa la mejilla izquierda del obispo —se trata del abrazo—, quien le dice *Pax tecum* y a quien él responde *Et cum spiritu tuo*. A continuación, el diácono canta el *Confiteor*; el pontífice dice *Misereatur et Indulgentiam*. Durante la distribución de la comunión, el diácono sostiene el copón a su derecha y el subdiácono la patena a su izquierda⁷⁷: la influencia de la misa papal es aquí evidente. Todos los

⁷³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, Q. 73, A. 3: «*Res sacramenti est unitas Corporis mystici, sine qua non potest esse salus*»; véase también *el ad Ium* del mismo artículo; Q. 79, A. 1.

Teodoro de Mopsuestia (citado por J. DANIELÉLOU, *Bible et liturgie*, París: Cerf, 1951, p. 182): «Todos se dan la paz unos a otros, y con ese beso profesan una especie de unidad y caridad que hay entre ellos. Por el bautismo, en efecto, hemos recibido un nuevo nacimiento, por el cual estamos reunidos en una unión de naturaleza; y es el mismo alimento el que tomamos todos, donde tomamos el mismo cuerpo y la misma sangre: todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque participamos del mismo pan. Por lo tanto, antes de acercarnos a los misterios, debemos cumplir la regla de dar la paz, con lo que significamos nuestra unión y nuestra caridad unos hacia otros. No sería conveniente que aquellos que forman un solo cuerpo eclesial odieran a algún hermano en la fe» (XV, 40).

⁷⁴ Cf. J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. III: «[...] Hoy en día no podemos evitar considerar audaz y arriesgado tal uso del signo de la más íntima familiaridad, y ello no en el círculo privado de una comunidad joven, sostenida por un alto idealismo, sino como una institución permanente en reuniones que se han hecho públicas. Sin duda hay que tener en cuenta ciertos factores debidos a la civilización antigua. Sea como fuere, a lo largo del tiempo ha prevalecido en todas las liturgias cristianas una estilización del rito del beso, que ahora solo se esboza discretamente» (p. 255-256).

⁷⁵ *Cærimoniale episcoporum*, L. II, C. XXIX. Cf. P. MARTINUCCI, *Manuale sacrarum caerimoniarum*, Roma, 1870-1873, L. V, T. III, p. 118-124; L. STERCKY, C.S.Sp., *Les Fonctions pontificales selon le rite romain*, París: Gabalda, 1932, pp. 128-131; L. GROMIER, *Commentaire du Cærimoniale episcoporum*, *op. cit.*, pp. 439-442.

⁷⁶ En el ceremonial de Patrizi, se encuentran dos hostias en una patena llevada por el subdiácono al trono del papa después de la comunión de este último, para la comunión del emperador y la emperatriz (cf. M. DYKMANS, *L'Œuvre de Patrizi Piccolomini*, *op. cit.*, T. I, p. 104).

⁷⁷ «Esta forma de dar la comunión, precisa Mons. GROMIER (*op. cit.*, p. 440), que deriva de la misa papal, es propia del obispo (ordinario del lugar) que celebra la misa en el trono».

canónicos comulgantes, precisa el *Cærimoniale episcoporum*, besan la mano del obispo antes y su rostro después —recordemos que los canónicos están aquí ataviados con ornamentos sagrados—. Todos los demás, tanto clérigos como laicos, solo besan su mano. El Pontifical romano de 1595 prescribe este beso de la mano del pontífice a los nuevos ordenados⁷⁸. El beso de la mano o del anillo del obispo durante la comunión, sobre todo si se relaciona con los ritos de la comunión de los ministros sagrados del ceremonial papal y del ceremonial episcopal tridentino, aparece así como un vestigio del beso de paz y expresa la comunión con el obispo y, a través de él, con toda la Iglesia.

Cabe señalar también otra forma de sustituir el beso de paz, la del beso del *osculatorium* o instrumento de paz. Es este beso el que el Misal Romano de San Pío V⁷⁹ y el *Cærimoniale episcoporum*⁸⁰ prevén que pueda transmitirse a los laicos, e incluso a los clérigos en las misas no solemnes. Es este mismo beso mediante un instrumento el que Carlos V, deseoso de remediar los murmullos de los reformadores, recomendó en 1548 en la *Formula reformationis* o *Interim* de Augsburgo⁸¹.

También se conocen los recientes intentos, de carácter tanto arqueológico como pastoral, de restaurar el beso de la paz como un simple gesto de paz que ya no provendría del altar, sino que se intercambiaría simplemente entre vecinos; pero no resultan muy convincentes.

Comunión en el cáliz y ablución

Cabe destacar la comunión bajo las dos especies del diácono y el subdiácono en la misa papal. Estos, siguiendo la antigua disciplina, están obligados a participar en el consumo del sacrificio del que son ministros en el altar. Comulgarán con la Preciosísima Sangre con ayuda del sorbete. El ceremonial de Patrizi ya no prevé que se pueda dar la Preciosísima Sangre a otros que no

⁷⁸ Si el obispo que ordena no es el ordinario del lugar, él mismo sostendrá el copón; sin embargo, los nuevos ordenados le besarán la mano durante la comunión (cf. J. NABUCO, *Pontificalis romani - Expositio juridico-practica*, París, 1962, p. 135). En el caso de las santas ordenaciones y otras funciones pontificias extraordinarias, el obispo no ordinario sustituye en cierto modo al obispo del lugar; recibe la ofrenda, hace uso del báculo, etc., aunque con las limitaciones debidas (misa con falda).

⁷⁹ Cf. *Ritus servandus in celebratione missae*, X, 3: «*manibus junctis super altare positus, oculisque ad sacramentum intentis, inclinatus dicit secreto: "Domine Jesu Christe", etc. Qua Oratione finita, si est daturus pacem, osculatur altare in medio et instrumentum pacis ei porrectum a ministro juxta ipsum ad dexteram, hoc est, in cornu Epistolae, genuflexo, et dicit: «Pax tecum». Minister respondet: «Et cum spiritu tuo».*»

⁸⁰ *Cærimoniale episcoporum*, L. I, C. XXIV, n. 6-7.

⁸¹ Cf. H. JEDIN, *Il Concilio di Trento*, op. cit., T. III, p. 277 y ss.

sean los ministros sagrados, ni siquiera al emperador. Para ello, se remite a un precedente: la recepción de Su Majestad el Emperador de los Romanos Federico III, que vino a Roma en peregrinación en 1468⁸², visita cuya descripción fue objeto de la primera obra de nuestro autor⁸³. Si bien el emperador cantó su lección durante las matinas de Navidad y caminó a la izquierda del papa —Pablo II—, no obstante, durante la misa solemne del día, no lo admitió a la comunión en el cáliz, como tampoco fueron admitidos ese día el diácono y el subdiácono, según informa la *Descriptio* de 1469, debido a la herejía de los husitas de Bohemia, que consideraban que la comunión en el cáliz era necesaria para la salvación⁸⁴. El Misal Romano de San Pío V no contempla la posibilidad de la comunión en el cáliz. Se sabe que Carlos V deseaba que se concediera para Alemania. Había fallecido varios años antes (1558) cuando, tras el Concilio de Trento, en 1564, se concedió bajo ciertas condiciones —para retirarla, tras la experiencia, a partir de 1571— en Baviera, luego en Austria (1584) y, finalmente, en Bohemia y en toda la cristiandad (1621)⁸⁵.

Dom Martène distinguió tres modos de administración de la comunión con la Preciosísima Sangre⁸⁶. El más antiguo consistía en beber directamente del cáliz. Sin embargo, *el Ordo romanus I* ya menciona un *pugillaris*, primer nombre del *calamus*, con cuya ayuda el pueblo tomará la Preciosísima Sangre⁸⁷. Por último, se conoce el rito de la intinción, que todavía se practica en la mayoría de los ritos orientales y que ha sido revalorizado recientemente en Occidente, donde, muy extendido en el norte antes del siglo^{XII}, había sido condenado por los sínodos de Braga (675) y Clermont (1096).

Sin embargo, cabe señalar que el cáliz o copa (*scyphus*) con el que, por medio del *pugillaris*, se comulgaba a los fieles del *Ordo romanus I*, contenía vino al que el archidiácono había mezclado un poco de Preciosa Sangre⁸⁸. Del mismo modo que se practicaba una cierta santificación () o

⁸² Cf. M. DYKMANS, *L'Œuvre de Patrizi Piccolomini*, *op. cit.*, T. I, p. 190-195.

⁸³ La *Descriptio adventus Frederici III imperatoris ad Paulum papam II* fue publicada por MABILLON, *Museum Italicum*, *op. cit.*, T. I, p. 256-272.

⁸⁴ Véase la *Descriptio adventus Frederici III* [...], *op. cit.*: «*Communicavit summus pontifex altaris sacramentum cum Imperatore, diacono, et subdiacono de pane tantum; de calice autem, etsi consuetudo sit, communicantes cum pontifice participare; propter insurgentem tamen Hussitarum, ac Bohemorum damnatum haeresim, quae calicis potationem ad salutem necessariam putat, praeter pontificem, nemo bibit.*» (citado por Catalani). Rechazada inicialmente por el concilio de Constanza, la comunión en el cáliz fue concedida en Bohemia a partir de 1433.

⁸⁵ Cf. J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. III, p. 319.

⁸⁶ E. MARTÈNE, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, *op. cit.*, T. I, p. 438-439.

⁸⁷ Sobre las diversas denominaciones y el uso del *cálamo*, véase J. BRAUN, *Das christliche Altargerät*, *op. cit.*, p. 249 y ss.

⁸⁸ *Ordo romanus I*, ed. ANDRIEU, II, n. 108, 111, 115.

bendición del vino no consagrado mediante la mezcla de un trozo de pan consagrado —rito que encontramos el Viernes Santo en la misa tridentina de los presantificados, lamentablemente sacrificada en 1955—, del mismo modo, digo, se practicaba en el siglo VIII^e y hasta aproximadamente el siglo XII^e, un rito de santificación del vino, esta vez mediante la Preciosísima Sangre, *ad confirmandum populum*.

En la época de las primeras grandes síntesis dogmáticas, el abandono de la comunión en el cáliz, que, al igual que la comunión en la mano desaparecida anteriormente, no había estado exenta de accidentes, puso fin al rito de santificación del vino mediante la adición de la Preciosísima Sangre. Ahora bien, ¿no constituía ya este rito en sí mismo una restricción? Por otra parte, ¿cómo se percibía: como comunión eucarística o como rito de purificación? Sea como fuere, en el siglo XIII se generalizó el uso de *la ablutio oris*, ablución o purificación de la boca con vino⁸⁹. El principio de tomar un poco de agua, vino o incluso comida después de la comunión eucarística es una observancia muy antigua, señalada, entre otros, en Occidente por San Benito y en Oriente por San Juan Crisóstomo. Se temía, en efecto, que un trozo del pan consagrado, que aún no era pan ácimo, o algunas gotas de la Preciosísima Sangre se escaparan de la boca con la saliva. La costumbre se mantuvo después de que se adoptara el pan ácimo y se aboliera la comunión en el cáliz. Una decretal de Inocencio III de 1204 obligaba a los sacerdotes a lavarse la boca con vino⁹⁰. Esta ablución fue adoptada de forma bastante generalizada por todos los comulgantes a los que se les ofrecía una copa de vino. Sin duda, debió confundirse con la forma de comulgar en el cáliz con vino mezclado con la Preciosísima Sangre, ya que prácticamente la sustituyó. «Cuando se dejó de dar la comunión bajo las dos especies», escribió el padre Lebrun⁹¹, «se consideró necesario presentar vino a los fieles, porque se puede necesitar un licor para tragar completamente la sagrada hostia, que podría adherirse a los dientes y al paladar». Y el erudito oratoriano citó lo que todavía se practicaba en su época.

Así, en la misa papal vemos al diácono y al subdiácono tomar la purificación —este es el término que se utiliza en los libros litúrgicos— del cáliz en el que acaban de comulgar, mientras que el papa se purifica la boca con vino vertido en el segundo cáliz. Esta ablución o purificación de la boca por parte de los comulgantes no es en absoluto una particularidad de la misa papal. Se suele citar en el capítulo de los raros usos del *Ritus servandus* del Misal Romano de San Pío V que han caído en desuso. Sin embargo, Jungmann cita varios ejemplos recientes de esta práctica. El misal la

⁸⁹ Cf. J.A. JUNGSMANN, *op. cit.*, T. III, p. 347-356.

⁹⁰ *Corp. Jur. Can., Decretales Greg.*, L. III, 41, 5.

⁹¹ P. LEBRUN, *Explication* [...], *op. cit.*, p. 506-508.

describe así⁹² : fuera del altar, el servidor sostiene en la mano derecha un vaso de vino con agua y un paño blanco en la mano izquierda; presenta la purificación a los labios de quien ha comulgado y el paño para que se seque. El Pontifical romano de 1595 la menciona expresamente para las santas ordenaciones, no solo para los nuevos sacerdotes a los que siempre se ha administrado, sino para todos los sujetos de la ordenación general⁹³ . El *Cærimoniale episcoporum* la describe para la comunión del clero y del pueblo⁹⁴ . Hay sabrosos grabados de época de estos dos últimos libros que la representan. Solo las normas de comodidad e higiene pueden explicar la desaparición casi generalizada de un uso tan venerable.

No solo se purificará la boca, sino todo lo que haya entrado en contacto con las sagradas especies: los dedos y el cáliz. El Papa se purificará los dedos con vino, en una copa de oro. No beberá esta ablución. Se sienta, recibe la mitra, se lava las manos⁹⁵ , según el protocolo principesco minuciosamente descrito, y luego regresa al altar para la poscomunión y la bendición. A continuación, el cardenal obispo asistente publica la fórmula de indulgencia y el cardenal diácono ministro retira el *palio* al pontífice. El papa regresa a su palacio ataviado con los ornamentos sagrados.

Conclusión

Al leer *el Ordo missae* de Agostino Patrizi Piccolomini, llama la atención el aparato ritual que rodea al sumo pontífice y manifiesta su condición, según las propias palabras de la imposición de la tiara, de «padre de príncipes y reyes, rector del mundo y vicario de Jesucristo». Lo vemos rodeado de un numeroso clero: los cardenales lo rodean, los obispos lo asisten, los príncipes son admitidos para lavarle las manos, los diversos cuerpos de prelados de la curia ocupan cada uno una función, que a menudo corresponde a un ministerio litúrgico: subdiáconos apostólicos, acólitos,

⁹² *Ritus servandus*, X, 6: «*Minister autem dextera manu tenens vas cum vino et aqua, sinistra vero mappulam, aliquanto post sacerdotem eis porrigit purificationem, et mappulam ad os abstergendum*».

⁹³ «*Unus ministrorum pontificis stat juxta cornu Epistolae altaris calicem habens, non illum cum quo pontifex celebravit, sed alium cum vino, et mappulam mundam in manibus, ad quem singuli communicati accedunt, et se purificant, os extergunt, et ad partem se locant*».

⁹⁴ *Cærimoniale episcoporum*, L. II, C. XXIX, n. 3-4.

⁹⁵ Cf. L. GROMIER, *op. cit.*, p. 311: «Antiguamente, después de la comunión bajo las dos especies, el celebrante solo bebía la purificación de vino puro y luego se lavaba las manos con agua que se echaba en la pila. Más tarde, se enjuagaba los dedos con vino antes de beber la purificación y lavarse las manos. La ablución de los dedos y la boca con vino y agua, que vino después y que eliminó el lavado de manos, excepto para el obispo, encontró más oposición de lo que se podría creer. En la misa papal actual, el papa no bebe la ablución de los dedos».

clérigos de la cámara. Alrededor del trono del pontífice se manifiesta en su máxima expresión la estructura jerárquica de la Iglesia romana. Sin embargo, cuando el pastor supremo abandona su trono, desde donde vela por la Iglesia y el mundo, para dirigirse al altar a ofrecer el sacrificio eucarístico, los ritos ceremoniales se desvanecen: solo queda el sacerdote, rodeado ciertamente de magnificencia, ofreciendo la Santa Víctima.

Estas observaciones sobre la naturaleza de la celebración pontificia del Papa son aplicables a la misa pontifical del obispo en su catedral, e incluso a la de un cardenal *extra Urbem*, aunque con menor solemnidad en este último caso. El esquema es el mismo, una especie de calco de la capilla papal: e capítulo adornado, sacerdote y diáconos asistentes, canto de tercia y vestimenta en el pequeño trono del *secretarium*, reglas de etiqueta para el lavado de manos, presidencia en el gran trono, etc., hasta la celebración del sacrificio propiamente dicho. En cuanto a la distinción entre el ceremonial pontificio y el ceremonial solemne sacerdotal, se basa en la distinción —fuertemente respaldada por el poder de jurisdicción— entre la orden episcopal y la orden sacerdotal. La presencia o ausencia de las insignias pontificias es la consecuencia de ello.

Además de ciertas marcas de honor y usos arcaicos secundarios, son sobre todo los ritos relacionados con la comunión *ad sedem eminentem*, que hemos intentado analizar, los que constituyen una particularidad notable de la misa papal, ya que no se encuentran en la misa episcopal del *Cerimoniale episcoporum*. ¿Por qué el papa consumaba el sacrificio no en el altar, sino en la *cathedra*⁹⁶ ? No han faltado explicaciones, algunas muy alegóricas⁹⁷ . Nos limitaremos a señalar que, ya en *el Ordo romanus* I, el pontífice romano había abandonado el altar para sentarse en el trono, desde donde presidía la solemne fracción de los panes eucarísticos. Inocencio III, y después de él Guillermo Durando, insistieron en este aspecto público de la fracción y la comunión del sumo pontífice porque, según el primero, *Christus in Emaus coram duobus fregit, et in Jerusalem coram decem apostolis manducavit*⁹⁸ . Sea cual sea el alegorismo de esta explicación, nos interesa en la medida en que vincula estrechamente el rito de la fracción, y por tanto de la inmisión, con la comunión misma. Dado que el término *fractio panis* se utilizaba en la Antigüedad cristiana para designar el sacrificio eucarístico, ¿tienden la solemne fracción del *Ordo* I realizada en el trono y la comunión vinculada a ella, que Patrizi aún conoce y describe, a manifestar —en la

⁹⁶ Cabe señalar que, en una época anterior al ceremonial de Patrizi, cuando el papa celebraba más a menudo la misa pontifical, la comunión *ad sedem* solo se practicaba en las solemnidades, nunca en los oficios penitenciales ni fúnebres.

⁹⁷ Véase J. CATALANI, *op. cit.*, T. II, L. II, Tit. I, C. XIV, § XIII, XVII-XXII.

⁹⁸ Citado por CATALANI, *loc. cit.*

celebración eucarística del pastor supremo— la realización de la unidad de la Iglesia mediante la participación en el sacramento⁹⁹ ? En una palabra, ¿manifiestan estos ritos de la más alta solemnidad, por y en la acción jerárquica, que «la Eucaristía hace la Iglesia»?

No se puede decir entonces —como muchos de nuestros liturgistas «pastorales» han repetido hasta la saciedad— que los antiguos libros litúrgicos concebían la celebración eucarística sin la participación en el sacrificio, por parte de los asistentes, a través de la comunión. Ya en el siglo^vse había producido una disminución de la frecuencia de la comunión entre el pueblo cristiano. Este fenómeno queda bien atestiguado por la obligación de la comunión pascual impuesta por el ^{iv}Concilio de Letrán (1215). Si bien no nos corresponde aquí analizar las causas, creemos sin embargo poder explicar en parte la escasez de a comunión en las misas solemnes por la disciplina del ayuno eucarístico. Dado que estas misas se celebraban generalmente a una hora avanzada de la mañana, se prefería comulgar durante una misa leída por la mañana, o incluso fuera de la misa. Esta misma rigurosidad antigua del ayuno eucarístico es sin duda una de las razones que llevaron a anticipar a la mañana las funciones de la Semana Santa. En cuanto a los libros litúrgicos, no hicieron más que sancionar una realidad. Sin embargo, hemos subrayado, con ayuda del Pontifical romano y del *Cerimoniale episcoporum*, que presentan una liturgia de la administración de la comunión en relación con la que despliega *el Ordo romanus* I, aunque en ocasiones introducen algunas particularidades de la comunión *extra missam*. Por lo tanto, sería erróneo considerar que la liturgia tridentina asume la excesiva distinción entre la Eucaristía-sacrificio y la Eucaristía-sacramento. Por el contrario, la comunión del sumo pontífice *ad sedem* destaca la función de la comunión como culminación o punto culminante del sacrificio *in sacramento*.

Sobre los ritos significativos que rodean la celebración sacramental, santo Tomás de Aquino dice que algunos se realizan con el fin de representar la Pasión de Cristo, que otros se refieren al Cuerpo místico que significa este sacramento y que otros, por último, expresan la devoción y la reverencia debidas a este misterio¹⁰⁰ . El aspecto ceremonial nos parece consistir sobre todo en la manifestación de la estructura jerárquica de la Iglesia en la celebración del sacramento. Se puede concluir fácilmente que los libros litúrgicos —desde el ceremonial papal pretridentino hasta el

⁹⁹ Cf. Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, IIIa, Q. 73, A. 1, 2, 3, 4, etc.

¹⁰⁰ Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, IIIa, Q. 83, A. 5: «*In celebratione hujus mysterii quaedam aguntur ad repraesentandum passionem Christi; vel etiam dispositionem corporis mystici; et quaedam aguntur pertinentia ad devotionem et reverentiam usus hujus sacramenti*».

Misal Romano, sin olvidar el pontifical y el ceremonial de los obispos— consideran la celebración eucarística como el acto por excelencia en el que se realiza la Iglesia. Se organizan y estructuran en torno al acto central del sacrificio sobre la base de una tradición teológica y una tradición litúrgica íntimamente relacionadas, hoy lamentablemente cuestionadas. Ahora bien, como cristianos que vivimos en el espacio y el tiempo, nos sentimos profundamente vinculados a esta Tradición, así como a todo lo que ha engendrado en el orden de la civilización y la cultura.